

# Un nudo para desatar. Nudos que desatan

CECILIA SOLER

En el pecho dos médanos  
eternos  
y en los ojos un cielo  
transparente  
que miraba atrás del sol  
**serena y furiosamente**  
sui géneris estación

**Resumen.** ¿Qué raro no? Los nudos deberían atar, amarrar, inmovilizar, mantener cosas juntas sin que se muevan ni se desparramen.

Y acá viene el psicoanálisis a tratar de mostrar un nudo al revés. Uno que desata, permite que las cosas que no se movían sin el nudo, ahora, anudadas, se muevan. Un poco loco parece tal vez.

**Abstrac.** How strange is not it? The knots should tie, immobilize, keep things together without moving or spreading. And here comes psychoanalysis to try to show an upside-down knot.

One that unties, allows things that did not move without the knot, now, knotted, to move  
A little crazy seems maybe.

Un poco contradictorio como serena y furiosamente.  
Un poco el gusto por transmitir algo de lo imposible.  
Fuera de la lógica de siempre que no transmite nada.  
O serena o furiosamente. Eso es posible. O la furia se serena o la serenidad acaba.  
Las dos cosas juntas, a la vez, eso es imposible.

Desatar no es novedad.

Tal vez tener que hacer un nudo para que algo se pueda desatar y, justamente, a causa del nudo, pueda desatarse, sea más interesante. O suene más raro.

Es lo que hacemos, los analistas, en el mejor de los casos.

Llegan los nudos y hablan y muestran lo fijo, lo inamovible, lo que está encerrado en las vueltas de los hilos.

Lo que queda atrapado.

No se pueden anudar esferas. Sólo algo con agujeros se puede anudar.

Se puede pensar en el amor, en los dichos del amor, los tropiezos con las ataduras, pero también en las esferas, como peceras, que no se anudan, no hay forma, si no están agujereadas, tal vez, por el discurso del inconsciente, por eso que no sabemos. Al menos por eso.

Y eso hace agujero en lo que puede saber, cada uno, de sí mismo. Lo muestran suficientemente los sueños y los síntomas. Eso es opaco a la conciencia, incluso a la luz de la razón y en ciertas circunstancias es vital saberlo.

Muy frecuentemente en lo que toca al amor.

El amor es un instrumento con filo que corta lazos.

“En ese punto de juntura de la naturaleza con la cultura que la antropología de nuestros días escruta obstinadamente, solo el psicoanálisis reconoce ese nudo de servidumbre imaginaria que el amor debe siempre volver a deshacer o cortar de tajo”, dice Lacan en *El estadio del espejo*.

De paso, está ahí también, hay de nudos a nudos, nudos de servidumbre dice.

Cuando alguien ama, cuando quiere amar, y tropieza, constantemente, consigo mismo por ejemplo, entonces, algunos, van a análisis, a anudar la cosa de otra manera.

Pero entonces, el amor ¿ata o desata?

En principio, nos enseñan, está hecho para amarrar, estrechamente, eternamente. Hasta que la muerte los separe.

Ese es, sin duda, un cierto amor. Un cierto nudo. Una determinada forma de anudar.

No es la única.

No es que, si no se amarra así, de esa manera, cuya única salida es la muerte, está mal, funciona mal, y algo hay que reparar ahí.

Si el psicoanálisis denuncia un nudo de servidumbre, también ofrece otro nudo.

El nudo borromeo, lo llamará Lacan.

Un nudo de tres redondeles iguales, equivalentes, en su función y en su consistencia, esta es una condición, que sean así, iguales.

La otra es que se entrelacen de cierta forma, técnicamente simple, que permite que, quitando uno cualquiera, ya que son iguales los tres, todos queden sueltos.

De a dos no funcionará

Llegan así, anudados de a dos, locamente girando un hilo y otro, al punto de casi matarse o casi morir a veces, asfixiándose, intentando soltarse y ajustándose más a cada vuelta.

Padres e hijos.

Parejas.

Alguien y un trabajo.

Otro y el uso de una sustancia o actividad.

Alguno más en un duelo.

Enganchados a muerte.

Uno y otro.

Probemos con tres.

No cualquier unión de tres desanudará, como dijimos, tienen que ser los tres hilos iguales. El que se incluya en esta locura de dos tiene que ser igual a esos dos.

Igual de loco. Igual de grande, chico, ancho, angosto y lo que se necesite.

Y además que sepa tejer... para destejer.

Que teja de tal manera que se pueda destejer liberando cada cosa.

Que se pueda destejer es un efecto de cómo se teje.

Evidentemente.

Se espera eso de un analista.

Tejer no es mezclar.

Ni enredar.

Ni fundir una cosa con otra hasta que no pueda distinguirse que eran dos antes.

Es tejer.

Tejer así no es un ideal.

No es obligatorio, mucho menos.

Es un saber hacer (*savoir faire*).

Único saber que sirve para algo.

Es tejer de tal manera que la misma técnica con que se teje, la cualidad por así decirlo, del anudamiento de los hilos, los ponga en una cierta relación.

Es poner en relación, en esa relación de sostenerse unas a otras por cómo están entretejidas.

Sin mezclarse.

En su diferencia absoluta, irremediabilmente distintos.

“Yo diría, pues, que el amor –ustedes me perdonarán que él me inquiete– el amor es la verdad, pero sólo en tanto que, a partir de ella, a partir de un corte, comienza otro saber distinto del saber proposicional, el Saber Inconsciente. Es la verdad en tanto que no puede ser dicha del sujeto en tanto que, lo que es supuesto, podría ser conocido por el compañero sexual. El amor es dos medio –decires mi– dires que no se recubren. Y esto constituye su carácter fatal... *Es la conexidad entre dos saberes en tanto que ellos son irremediabilmente distintos*. Cuando eso se produce, constituye algo... totalmente privilegiado. Cuando se recubren –los dos Saberes Inconscientes– esto constituye una sucia mezcolanza”. (Lacan, Seminario *Los incautos no erran*).

Conexidad le sirve a Lacan para nombrar esta especie de relación. Encontramos el concepto en lo legal, por ejemplo.

“Existe conexidad de causas cuando haya:

Identidad de personas y acciones, aunque las cosas sean distintas;

Identidad de personas y cosas, aunque las acciones sean diversas;

identidad de causa, aunque sean diversas las personas y las cosas e

Identidad de acciones y de cosas, aunque las personas sean distintas”.

El amor, como tercer término, hilo, lo que se quiera, está llamado a poner en relación de conexidad dos saberes inconscientes, entonces tres anudados, dos saberes y el amor, conexionados sin sucias mezcolanzas.

Y el analista está llamado a saber hacer ahí.

Cualquier palabra sirve para amarrar, abandono, absceso, lujo, por citar algunas que han hecho su camino, como el Signorelli de Freud.

Aparecen en su densidad, oscuras, dichas por alguien totalmente perplejo que las mira ahí como flotando como en el aire sin saber qué hacer con ellas.

Son una punta para deshacer el nudo.

Abrirlas, hacerlas hablar, entrar con ellas al universo del que las pronuncia sin saber, y ahí dentro usarlas para destrabar lo que impide que haya sujeto. Es que es así, trabado eso esa parte no se podrá mover hacia ninguna otra significación, congelada, producirá efectos en un intento mudo para ser escuchada y liberada.

Con Lacan otra vez “es preciso que el psicoanálisis sepa que, si el psicoanálisis es un medio, es EN EL LUGAR del amor que se sostiene”. Del amor que corta servidumbres imaginarias, ataduras de dos que matan porque al final sólo puede quedar uno que no es ese que es, si no el ego de alguno de esos dos, peceras que no se anudan, en el lugar del amor que sabe y ama tejer para destejer.

El amor sería así un tercer término, un medio, que permitiría a cada uno saberse, a cada uno amar según la letra de su saber inconsciente, legítimamente, escucharse y seguir ese discurso a donde lleve. La condición será ser ingenuo respecto de este saber que no se sabe. A ciegas incluso de la conciencia de uno mismo. Cualquier cautela, cualquier cuidado en las formas establecidas, lo que sea que no sea una ciega lealtad a este inconsciente desconocido, provocará errores dolorosos probablemente. Cerrar los ojos y confiar en que el tejido lo sostendrá, de una verdad desconocida, no hay más. Y también, no hay mayor libertad que esta. Aunque suene a locura. Con ese desparpajo que lo caracterizaba, Lacan dirá “yo anudo – ya que es de esto que se trata– la libertad y la locura”.

Y se pueden anudar también, así, de la misma manera, poner en  
conexidad  
el amor la serenidad y la furia  
el amor la libertad y la locura  
y otros imposibles que se le puedan ocurrir a cualquiera.

Todo esto querría decir que cada uno teje su nudo.

¿Y por qué un analista?

“El deseo del analista no es un deseo puro. Es un deseo de obtener la diferencia absoluta... ahí sólo puede surgir la significación de un amor sin límites, ya que está fuera de los límites de la ley, donde sólo él puede vivir” (Lacan).

Y porque él, el analista, ha pasado por eso, por anudarse a cualquier cosa, por mezclarse y enredarse, porque ha buscado otra cosa, porque se ha anudado a otro analista y eso... hace cadena... y hace analista.

Cuando eso se suelta, ese nudo de tres hilos iguales, analista-análisis-analizante, a veces, produce un analista a la salida, uno que sabe y quiere tejer así, que ya no sabe tejer de otro modo, que siempre quiso. Que no mezcla ni enreda, que vive en la diferencia absoluta, sin pensarlo, sin proponérselo, así, como respira.

Y tal vez eso es lo más difícil, sin proponérselo, sin pensar.

Las dos reglas de Freud para un análisis implican ese funcionar como incautos, de los dos lados, lado analista, lado analizante, anudados por los efectos de un lenguaje del que no se puede decir *en común*, aunque los anuda a ambos, no habrá nada *en común* allí. La regla de atención flotante obliga al analista a estar flotando libremente en los efectos de la lengua (lalengua, lalangue, de Lacan, esa que anuda el saber inconsciente).

Y por otra parte obliga al analizante igualmente a dejarse llevar por ella, sin editarla, sin corregir lo que le viene a boca, sea lo que sea, sin darle sentido ni quitárselo, flotar, en asociación libre, dejarse llevar por eso.

Ese anudamiento de a dos, ese cortocircuito en realidad, por desastroso que sea es algo que se protege, la incertidumbre de otras formas es aterradora a veces.

Si como planteamos, anudar analista en las vueltas puede dejar las cosas anudadas distinto, para el analista estar enredado allí es toda una experiencia, incluso física.

Esto de los incautos que se dejan llevar, flotando, no lo inventó Lacan. Freud flotaba allí sin más herramientas que la palabra y eso nos heredó. No hay más que eso para un analista.

Basta leer el caso Signorelli para sentir el peso de este dejarse ir palabra tras palabra, anudando sexualidad y muerte en el agujero dejado por el nombre de un pintor tan sabido por Freud que el asombro de no tenerlo a la mano lo hizo buscarlo en la trama de las palabras que aparecían asociadas tan libremente en su lugar.

Sexualidad y muerte son temas que nos inquietan.

Que nos requieren como sujetos.

Que insisten.

Que perturban.

Que nos llevan, si nos dejamos, a alguna parte.

Y que se anudan al amor, como en morir de amor o la *petite-mort*.

Frente a eso cada uno conocerá el anudamiento que le permitió habitar allí.

En una ética que no se deja reducir a ninguna moral, a ningún imperativo categórico por más goce que ello prometa, cada uno encontrará su nudo del que está hecho, no el ser, si no su deseo.

Con Lacan por compañía: “Un deseo sin otra sustancia que la que se asegura con los propios nudos”. Nudo que, sin sujetar, hace sujeto.

Ya sea que lo sepa o no con eso teje cada uno el poco de realidad que le toca.

El compañero de camino, por tramos más o menos largos, no importa, estará entre los nudos de cada uno, se lo escogerá incluso, sin saberlo en absoluto, con lo que esos nudos sostienen.

El partenaire sexual del cual se espera un goce desconocido, si todo va bien, tampoco es al azar totalmente.

Entre la realidad y lo real algo se puede realizar.

Lo mejor sería que nos sorprendiera en sus vueltas, que nos toman como incautos de sus circuitos.

La sorpresa suele ser buena señal. No poder reconocerse fácilmente en el amor, en la sexualidad y la muerte, no estar tan cómodos ahí.

Y así, en las vueltas siguiendo un saber no sabido, llegaremos a cumplir no sólo el deseo cuya sustancia es de nudos, si no lo más parecido a un destino que nos toca por aquí.

¿Hará falta recordar que Edipo, huyendo de su destino, no hace otra cosa que encontrarlo? Y finalmente, en el colmo de la sabiduría, dejarse llevar por él, sin tratar de darle un sentido, no aprenderemos nunca nada de Antígona, que de algo se habrá percatado siendo hija de Edipo, ella, teniendo los caminos enfrente, el de la polis y el de la ética debida a sus propios nudos, escoge el de la ética y la muerte.

La cosa no va sin advertencias y aún así, los nudos sostienen otra cosa.

Al final no será la conciencia la que importe.

O seremos como Dora rodeada de sucios enredos irresolubles, intacta en su bella indiferencia.

O habremos sido sujetos de nuestros hilos.

---

## Bibliografía

---

FREUD, Sigmund, *Psicopatología de la vida cotidiana, Obras completas*. Aguilar.

LACAN, Jacques, *Escritos. Tomo 1, El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. Siglo XXI.

\_\_\_\_\_*Los incautos no erran o los nombres del padre* (versión libre).

\_\_\_\_\_*Seminarios*. Paidós.

Fecha de recepción. 27 de Abril 2018

Fecha de aceptación. 23 de Mayo 2018